

Del caos

Marcelo Gauchat

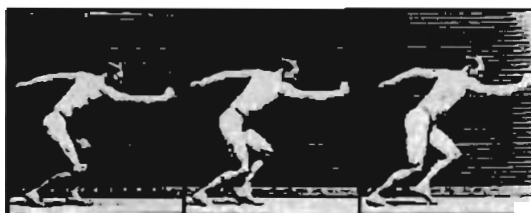
*La humanidad emerge del Caos,
del Abismo, de lo Sin Fondo*

C. Castoriadis

Podríamos decir que el lenguaje, fenómeno esencial en la conformación del sujeto racional también emerge “del Caos, del Abismo, de lo Sin Fondo”. Emerge como marca o señal que establece la diferencia radical, la separación con el abismo. Hablar del caos, del abismo, de lo sin fondo, sinónimos de lo que podríamos llamar el infinito pasado, nos lleva a enfrentarnos con lo que denominamos el instante o principio de la significación, es decir, la significación de la significación.

Desde que somos lenguaje somos humanidad, significación, orden, episteme, sujetos, razón; instancias que aparecen en el emerger azaroso que comienza a perfilar un corte o ruptura con ese abismo heterogéneo, múltiple e inescrutable que designamos con el hombre de caos. Este emerger se configura como la “primera significación” que hará posible la constitución del discurso que ordena y da sentido a través de *un* decir lo que acaece en él, así llamado desde ese instante, universo. Este discurso, como primera estructura, permite que los sujetos conozcan y comuniquen esto que conocen acerca del universo que los rodea y envuelve. Cuando hablamos de primera estructura nos estamos refiriendo al lenguaje, mismo que expresa una visión del mundo a partir de un supuesto orden en la naturaleza posible de ser capturado a través del concepto.

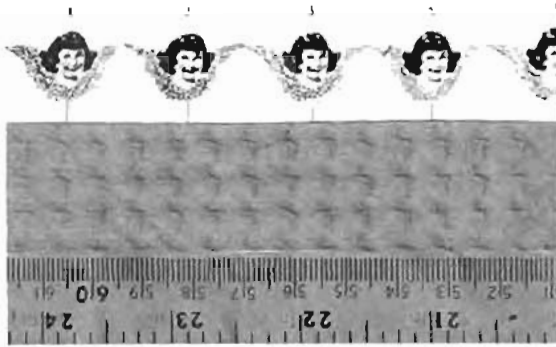
De este primer supuesto se derivó una necesaria causalidad inherente a los fenómenos de la naturaleza; se creyó descubrir leyes autónomas que regían todo el funcionamiento de la *physis* y también una lógica oculta en todas las manifestaciones y hechos del mundo. Esto su-



ponía que las múltiples cosas estaban ya congregadas en el seno del mundo, reunidas en la unidad de un presente cósmico, emparentadas en el contexto de una causalidad omnicompreensiva.

Nos preguntaríamos con Nietzsche “¿cómo una cosa podría ser engendrada por su contrario, por ejemplo lo racional por lo irracional, lo sensible por lo muerto, la lógica por el silogismo, la verdad por el error”? Deberíamos agregar ¿por qué el orden y no más bien el caos?; ¿por qué esta necesidad de encontrar un orden en lo que aparece como caótico y disperso? ¿Suponemos acaso un “origen milagroso, la salida del núcleo y de la esencia de la cosa en sí?”

La ciencia quiso primero la muerte del mito, como la razón la desaparición de lo irracional. Ha visto en él el obstáculo para lograr una verdadera comprensión del mundo, ha desencadenado una guerra interminable contra el pensamiento mítico. Este hecho se formaliza en el preciso momento en que se establece una separación entre sabiduría y filosofía. En los griegos podemos diferenciar dos épocas en el desarrollo de su pensamiento. La primera de ellas, llamada época de los sabios, estuvo caracterizada por un discurso que manifestaba a través de la “manía”, tal como el mismo Platón la llamó, la “exaltación píptica”, resultado de una experiencia mística y misteriosa. Los primitivos sabios helenos habían entendido la razón como un discurso sobre alguna otra cosa, un



“logos” que decía o expresaba una cosa diferente, múltiple y heterogénea. Múltiple y heterogénea como la *apariencia* misma que posibilitaba a los sujetos confundirse con la naturaleza y —como lo manifiesta Nietzsche— “bailar al mismo compás de los demás un baile de elfos y nada más”,² logrando “mantener la generalidad del ensueño, la armonía de todos estos soñadores, y, por lo tanto, la duración de este ensueño”.³ ¿Cómo podríamos explicarnos entonces el paso —si es propio hablar de paso— de este fondo religioso, mítico, a la elaboración de un pensamiento abstracto, racional, discursivo? ¿Fue sólo una sustitución de la fe religiosa por otra que fue y tal vez siga siendo la base del pensamiento científico racional, una nueva fe que ve que en el mundo se esconde un orden racional e inteligible?

La filosofía griega se constituye como el intento de formular y dar respuesta a algunos de estos interrogantes: aparece con ella un nuevo discurso ordenador, nuevo género literario en palabras de Platón, cuya intención fue la de proponer una visión del mundo que en gran medida pudiera alejarse de las diversas concepciones míticas hasta entonces imperantes. Theodor Gomperz refiriéndose a este problema afirmó que “la profusión de mitos, tanta cantidad de dioses, tenían finalmente que confundir y cansar el ánimo de los creyentes. Se parece a una selva virgen, sin sendas, y cuyos viejos troncos se ven cubiertos continuamente por nuevos retoños de plantas adventicias. El *hacha del podador* hacía falta aquí y no había de faltar el brazo firme que sabría manejarla”.⁴

El “hacha del podador” no es otra cosa que

lo que a través de la historia de la filosofía occidental conocemos como el paso del caos al cosmos, del desorden al orden, de lo irracional a lo racional, de lo indefinido a lo definido, del mito al logos.

Tradicionalmente se ha aceptado esta división, paso, o ruptura entre mito y logos; sin embargo, la palabra mito siempre ha pertenecido a nuestro lenguaje (lenguaje-razón) y la etimología revela que la palabra mitología (mito y logos) puede entenderse como una “mezcla de contrarios”, mezcla de mito y logos. Jesy afirma que el

Mythos es inicialmente, a partir de Homero, historia de la retórica y, en especial, de la elocuencia. La elocuencia del héroe homérico, ‘buen hablador’ como Odiseo y como Néstor. Con el *Protágoras* de Platón (320 c, 324 d) aparecen ya aquellas reservas críticas respecto a las evocaciones del pasado que inducían a contraponer *logos* a *mythos*, y a desvalorizar el segundo, a puro narrar no obligatorio, en comparación con el primero, relato o discurso que “implica esencialmente una argumentación o motivación”.⁵

Si bien entre mito y logos hubo una contraposición en determinados momentos de la historia de la lengua y de la cultura griega, por otra parte, tal contraposición no acompañó a estas palabras desde los orígenes, ni tampoco fue siempre absoluta entre la lengua y el pensamiento de quienes más lo afirmaron. Platón mismo, no sólo recurre al mito como instrumento de persuasión, sino que en algunos casos parece emplear las palabras *mythos* y *logos* en acepciones mudables. Podríamos pensar entonces que originariamente no fue una “mezcla de contrarios”, sino que el significado de mito como “palabra eficaz”, “proyecto”, “maquinación”, “deliberación”, se transfirió casi exclusivamente a la palabra logos. Este desplazamiento del significado de una palabra provocó al mismo tiempo una desvalorización paulatina de mito. Es entonces desde el mismo lenguaje como se define tanto una como otra palabra. A partir de estos desplazamientos es el mismo lenguaje el que permite que uno de sus términos cobre mayor fuerza y también un

poder que obliga a la desvalorización del otro. Resultaría impropio hablar, en el pensamiento griego, de enfrentamiento de contrarios; es más prudente referirse a una transmutación de significado-valor dentro de un mismo lenguaje.

Deberíamos ahora preguntarnos, a partir de la afirmación que formulábamos al comienzo de este trabajo, “el lenguaje emerge del caos”, ¿cómo y desde dónde podríamos definir el caos, cómo y por qué la humanidad asume el orden como significación esencial? Podríamos también decir que caos y cosmos (orden) no es precisamente el enfrentamiento de elementos contrarios, sino instancias que están definidas desde un mismo lenguaje.

En la *Teogonía* de Hesíodo hallamos elementos que pueden reforzar esta afirmación. Una interpretación detallada de las primeras personificaciones teogónicas de Hesíodo nos permite descubrir que todas ellas encierran una explicación “ordenada” del mundo, sólo que hablada en metáforas teológicas. García Bacca en su libro *Orígenes y evolución de la física moderna* afirma que

Caos no significa en Hesíodo, como entre nosotros, un revoltijo y maraña de cosas, el universo de objetos convertido en cajón de sastre. Caos significa, lo mismo que *Natura Naturans*. Caos es la naturaleza bajo forma de tensión preliminar; de implicación dinámica, tomada en aquel auroral instante en que se hallaba aún indiferenciada, imbricada, en intermediación consigo misma; pero latiendo, a la vez, en multiforme tensión, en pujos incontenibles de diferenciación polimorfa.⁶

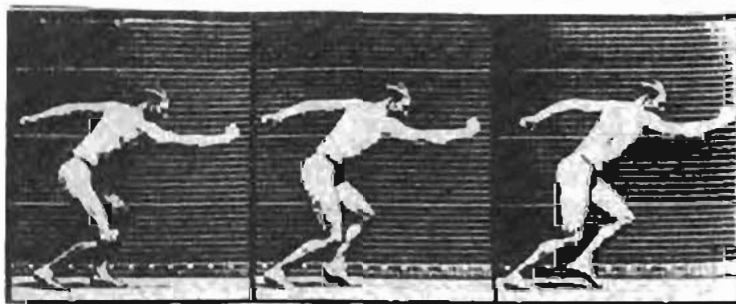
El caos sería para Hesíodo la natura entera, todo lo que se ve, se vio y se verá en el mundo físico, sólo que bajo la forma de tensión inicial, de germen en trance y a punto de estallar para comenzar así a multiplicarse y diferenciarse en tantos tipos de engendros cuantas sean las cosas y hechos del universo. No sería entonces ni el revoltijo de todos los elementos del mundo, ni una nebulosa de elementos primeros, sino

toda la Naturaleza –pasada, actual, futura– reducida al estado de germen, de intermediación consigo misma, de indeterminación e incomplejidad, llevado todo ello a tensión, tensión infinita, tanta y tan potente que por sucesivas mediaciones de determinaciones y complejidades, surgirán todas las cosas, como los elementos y los dioses.⁷

Desde la perspectiva helénica, tanto el caos como el cosmos están definidos desde una misma instancia, el logos, el mismo lenguaje. Para los griegos las palabras eran producto de la naturaleza; la *physis*, entendida como naturaleza de la razón, establecía una relación estrecha entre el lenguaje de la naturaleza y el hombre en estado de naturaleza, instancia que otorgaba al hombre la facultad de formar conceptos que correspondían a la realidad natural. La naturaleza toda se torna en el “primer significante” posible de ser conceptualizado y apprehendido como signo.

La cosmogonía de los primeros helenos ve en la *physis* los indicios, la huella originaria, de lo que se supone un orden en la naturaleza.

1 2 3 4 5 6 7 8 9



El entrecruzamiento de los elementos más diversos y heterogéneos existentes en el universo apuntan potencialmente a la conformación de un tejido de hilos entrelazados según un orden posible de ser capturado. La captura se ejerce a partir del lenguaje que emerge y que comienza a trabajar, entendiendo y explicando al mundo en su diversidad; su trabajo consistirá en no dejar fenómeno alguno de este universo, por muy extraño y complejo que sea, sin explicación racional. Es el comienzo del discurso-razón omnicomprendivo. Para Derrida esta captura es posible desde la convención, “la convención *primera*, la que se vincularía inmediatamente con el orden de la significación natural y universal, se produciría como lenguaje hablado”;⁸ el vínculo originario entre *logos* y *phoné*.

Cuando el pensamiento griego habla de caos lo está haciendo desde el mismo *logos* que le ha permitido comprender todo el universo. ¿Es posible decir el caos desde otro espacio que no sea el mismo que nos ha llevado a asumir el orden como única posibilidad de la significación? Cuando asumimos este orden también aceptamos el lenguaje que estructura al mundo y a la sociedad. Nos permitiríamos decir que la aceptación de este supuesto orden es tan arbitrario como arbitrarias también resultan ser las estructuras sociales, consecuencia de aquella aceptación: convención o creencia que se establece y se sostiene en la simple autoafirmación. Castoriadis sostiene que “la significación impuesta al mundo (y a la sociedad que se presenta como parte del mundo que instituye) es esencialmente ‘arbitraria’, porque “no puede ser ni estar fundada sobre una Razón universal ni reducirse a la correspondencia con un pretendido ser-así del mundo”.⁹

Este rodeo en torno al problema del caos nos lleva indefectiblemente al tema de la significación, del origen, de la causa, del fundamento, del fin, del porqué y para qué, pero, fundamentalmente, al problema del lenguaje. Desde que somos lenguaje somos *logos*-razón; desde él definimos al caos. Carecemos de otra forma de expresión para designar lo que está más allá (antes y después) del instante-razón.

El lenguaje institucional (código de signos cotidianos) no nos permite designar lo “otro”, lo abismal, más que como “insignificancia”. La significación emergería para “recubrir el Caos como un modo de ser que se postula como negación del Caos”.¹⁰

Nietzsche considera que Caos es una palabra que “simula el más lejano de los ambientes”; “el caos ya no es más que el término de una formulación negativa que establecemos a partir de nuestras propias condiciones de vida”.¹¹ Se trata entonces de fuerzas desprovistas de intención alguna.

Desde que somos lenguaje somos sociedad, sujetos, mundo, universo, intencionalidad y significación. El afuera de este orden es el abismo, el punto donde “no hay individuo, no hay especie, no hay identidad, sino tan sólo altos y bajos de intensidad”, no hay intencionalidad, significación ni finalidad.

Caos, profunda y larga noche que no es sino otra metáfora con la que tratamos de pensar lo estrictamente impensable, el enigma, el misterio, aquello que está fuera de todo pensamiento. Noche entregada a sí misma en el abandono de una oscuridad que jamás será tocada por la luz del instante-razón.

Notas

¹ Nietzsche, F., *En torno a la voluntad de poder*, Edic. Península, Barcelona, 1973, p. 33.

² *Ibid.*, p. 44.

³ Colli, G., *El origen de la filosofía*, Madrid, Edit. Tusquet. p. 63.

⁴ Gomperz, T., *Pensadores griegos*. Ed. Guaranía, Paraguay, 1959, p. 66.

⁵ Jesy, Mito, Ed. Labor, Barcelona, 1976, p. 16.

⁶ García Bacca, *El poema de Parménides*, Ed. UNAM, 1943.

⁷ *Ibid.*, 53.

⁸ Derrida, J., *De la gramatología*, Ed. Siglo XXI, México, 1978, p. 17.

⁹ Castoriadis, C., “Institución de la sociedad y religión”, *Revista Vuelta* No. 93, México, 1984, p. 5.

¹⁰ *Ibid.*, p. 5.

¹¹ Klossowski, P., *Nietzsche y el círculo vicioso*, Ed. Seix Barral, Barcelona, 1972, p. 200.